Así, pues, cambiemos los papeles; que vengan los papeles; que vengan los testigos á ocupar mi puesto; á mí es á quien corresponde ocupar el suyo y acusarles.»

»¡Pero decid, al menos, cual es el motivo que asi les impulsa á dar esos falsos testimonios! ¿Es el miedo que les ha atemorizado? ¿es el odio? ¿Por qué os han de aborrecer? ¿Es la corrupcion?—Sí, decís, los testigos han sido sobornados; tenemos la prueba de ello: ¡Margarita Maurin ha recibido un franco...! ¡he ahí los manejos! ¡he ahí la corrupcion! ¡hé ahí como ha hecho larguezas la familia de Marcellange! ¡hé ahí el precio en que Margarita Maurin ha vendido la cabeza de su sobrino!

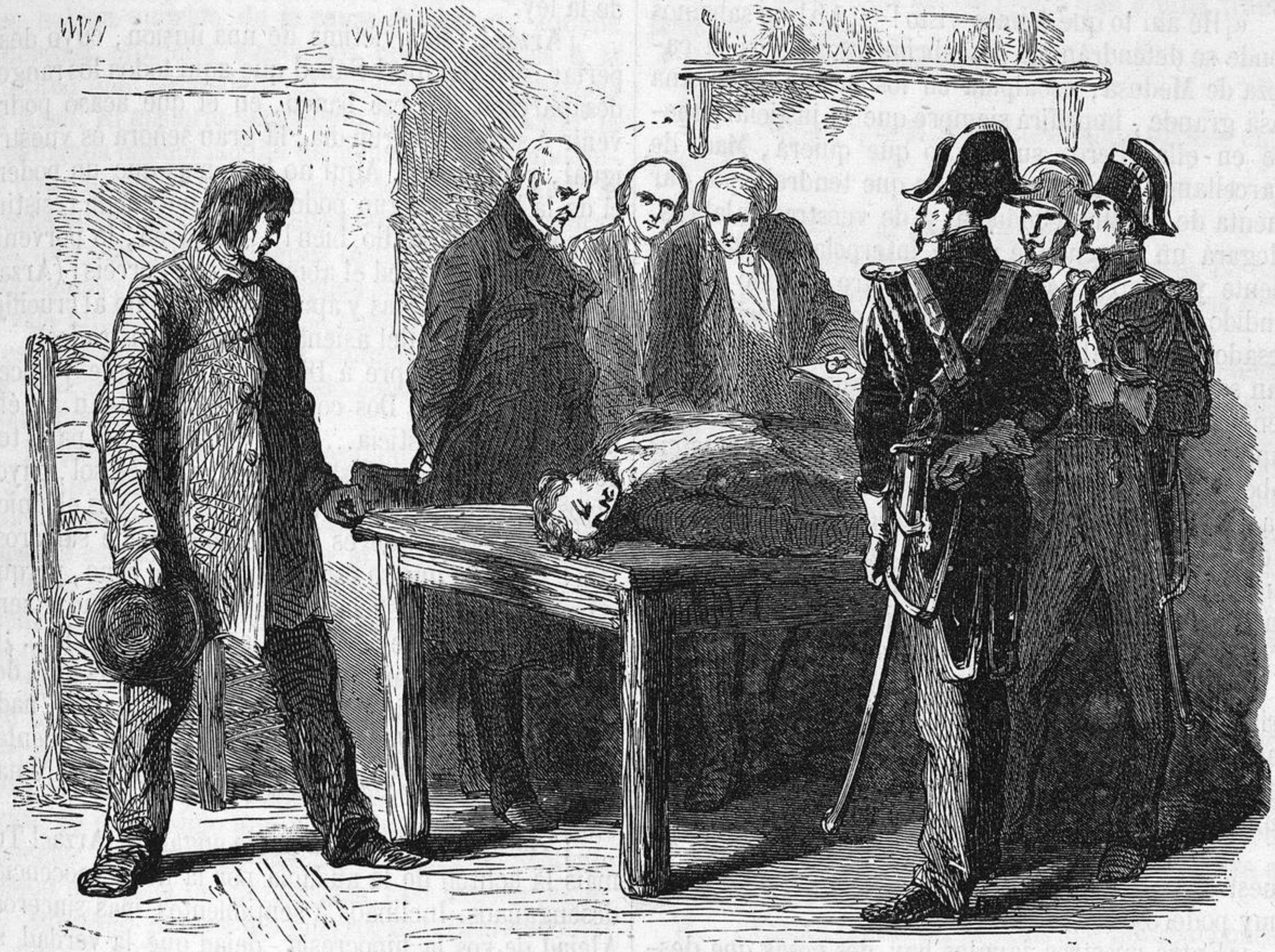
»Soy un hablador, dice Arzac; me chanceaba, queria hacerme valer. ¡Bromista singular! ¡hablador profético; que es el único que conoce y anuncia lo porvenir!

»¡Ah! ¡hablábais inocentemente! Pues bien, Arzac, era preciso que, durante vuestras noches solitarias, cuando dormíais bajo las estrellas en vuestro lecho de pastor, Dios os enviase sueños proféticos que referiais al siguiente dia!

»Está, pues, patente el falso testimonio. Pero, ¿dónde está la causa? ¿Continúa retenido Arzac por miedo á Besson y á sus ocho hermanos? No, ese miedo habrá cedido ante el temor mas grande, aun, del castigo que arrostraba. ¿Qué razones mas poderosas, mas misteriosas, habian de imponerle silencio? ¿No puede hablar sin acusar? ¿No le será impuesto ese falso testimonio por las necesidades de una defensa desconocida? No quiero saberlo, porque encuentro en otra parte lo que busco.

»Señores jurados, en ese proceso hemos visto realizarse cosas singulares. Cuando un desventurado sucumbe bajo los golpes de un asesino, habeis oido hablar de viudas desesperadas, de esposas llenas de desconsuelo, que piden á Dios y á los hombres una venganza implacable para la sangre de su marido, y os habreis asociado á esos santos dolores, á esos furores legítimos. Pero aquí, ¿qué hemos visto? Todas las tiernas solicitudes, todas las atenciones y cuida-

»¡Cómo! ¡esa familia piadosa venia á presidir los funerales de un hermano querido; penetrada del sentimiento de sus deberes, adquiría en torno suyo informes relativos al crímen que les habia arrebatado aquel hermano, mandando llamar al castillo lleno de luto á Margarita Maurin, quien llegaba despues de una larga caminata, hecha en un dia en que no cesaba de llover con fuerza, y á esa mujer cansada le daban algun alimento, y á esa obrera que habia perdido su jornal le daban un franco! ¡Y he ahí los



Sus ojos vieron el cadáver y brillaron con una espresion de ódio feroz.

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación